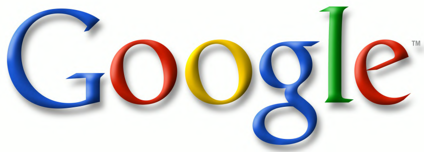
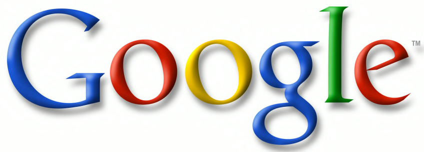
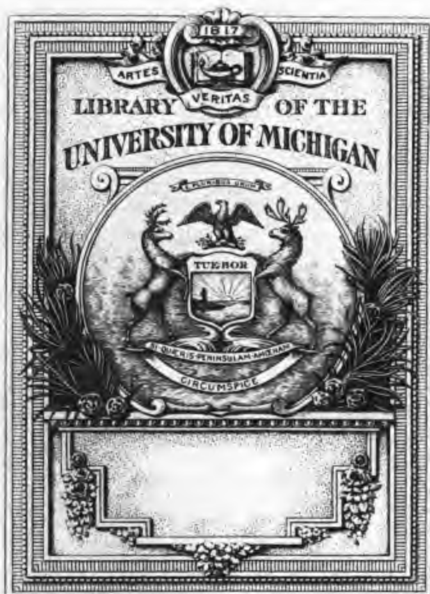






1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

La Venganza de un Padre
por
Pedro Calvo Asensio

GALERIA DRAMATICA

COLECCION
DE LAS MEJORES OBRAS
DEL TEATRO
ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL
Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATALOGO *de las comedias que contiene esta Galería.*

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia.
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlam.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La batelera de pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
decir la verdad.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde, ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendarias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafío.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.
El desengaño en un sueño.
Mas vale llegar á tiempo.
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª parte.
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey 2.ª parte.
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retiro.
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador.
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Aragon.
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antaño.
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde mas.
Rivera.
El rigor de las desdichas.
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca.
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero.
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende.
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte de san Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayor.
Empeños de una venganza.
¡Es un bandido!

LA VENGANZA DE UN PECHERO.

DRAMA

en tres actos,

original

DE DON JUAN CERRO POZO,

DON JUAN DE LA ROSA GONZALEZ,

Y DON PEDRO CALVO ASENSIO.

Representado por primera vez con estraordinaria aceptacion en Madrid en el Teatro de Variedades, en Abril de 1844.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Mayo de 1844.

PERSONAS.	ACTORES.
INÉS.	*D.ª Josefa Rizo.*
CAROLINA.	*D.ª Ramona Francisconi.*
TEODORA.	*D.ª Juliana Mora.*
ALFREDO, *guerrero.*	*D. Juan Alba.*
EL CONDE DE LA MATA.	*D. Miguel Bailon.*
ENRIQUE.	*D. Antonio Rodrigo.*
DON ANSELMO.	*D. Antonio Chavarría.*
ARTURO. } *Pages del conde.*	*D.ª María Alvarez.*
EDUARDO.	*D. Eugenio Camino.*
CRIADO.	*D. Francisco Écija.*



La accion pasa en el año 1350. El primero y segundo acto pasan en Burgos. El tercero en una retirada quinta de las montañas de Aragon.



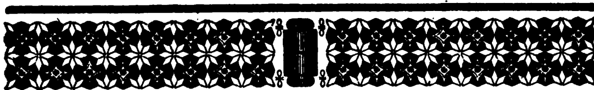
Á NUESTRO APRECIABLE AMIGO

D. Juan Martinez Villergas,

en franca demostracion

de cariño y gratitud.

LOS AUTORES.



Acto primero.

De Don Juan Cerro Pozo.

Sala adornada con alguna elegancia en casa de don Anselmo: dos puertas laterales á la derecha del espectador; una á la izquierda, otra en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

INÉS. TEODORA.

TEODORA. ¿Y por fin qué adelantais
con esa afliccion, señora?
Mitigad vuestros pesares
y vuestra pena angustiosa,
que don Anselmo tal vez
su fuerte empeño deponga.

INÉS. ¡Mi padre! ¡ay Dios! ¿No le oiste
hablarme ayer de la boda,
y decirme que sin réplica
á Enrique, mi amor, desoiga,
y que de ese conde admita
los amores cariñosa?
¿Puede darse mas tormento
á mi corazon, Teodora?

TEODORA. No os atormente esa idea,
que el tiempo todo lo borra:

dad á su amor larga tregua,
que tras de dias y horas
puede ser que don Anselmo...

INÉS. Será esa tregua bien corta,
porque hoy se cumple mi plazo,
y mi padre sin demora
esperará que pronuncie
el *sí* que tanto ambiciona.
Hoy mismo vendrá ese conde
con su vanidad pomposa,
diciendo tal vez ufano
que por hacerme una honra
se humilla á pesar de todo
para que sea su esposa;
y no sabe el insensato
que toda esa pompa la odia
el alma de una muger
que amó con pasion heróica,
y hoy lo sacrifica todo
por complacer bondadosa
á su buen padre.

TEODORA. Pues yo
le diria sin lisonjas,
señor, no he nacido noble,
aunque mis prendas me abonan:
vos teneis blasones, títulos,
heredades numerosas,
y ademas, con mucho brillo
de Castilla una corona.
Mil damas hay cortesanas
que admitirán orgullosas
vuestros títulos y mano,
dando mas lustre y mas pompa
á ese encumbrado linage,
sin que á vuestra alta persona
la tachen con un lunar
tal vez de infamia y deshonra,
y mi oscurecida mano
eso, conde, os proporciona.

INÉS. ¿Y mi padre?

TEODORA. Resistíos
á sus instancias.

INÉS. ¡Teodora!
¿Cómo á mi padre oponerme?
¿Cómo escuchar de su boca
su palabra, su mandato,
sin obedecer?

TEODORA. Señora,
vedle aqui, ya se aproxima:
os dejaré con él sola
á ver si lograis vencerle
con vuestros ruegos ahora.
Ante todo no olvideis
que jamas os abandona
una muger que os aprecia.

INÉS. Ya lo sé; gracias, Teodora.

TEODORA. Do quiera que vos esteis
seré siempre vuestra sombra.

INÉS. Nunca lo podré olvidar.

TEODORA. Ya se llega; os dejo á solas.

(*Se entra por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

INÉS. *Despues* DON ANSELMO.

INÉS. ¡Cielos! no me abandoneis:
ved mi situacion penosa,
y haced al fin que mi padre
mis súplicas no desoiga.

(*Don Anselmo, por la puerta de la derecha.*)

ANSELMO. ¿Has descansado, hija mia?
¿Se acabó ya tu desvelo?

INÉS. No quiere volverme el cielo
mi reposo y mi alegría.

ANSELMO. ¿Por qué tan llorosa estás?
¿te opones á mis deseos?
Inés, con tus devaneos
desazonándome vas.
Cuando ufana y complaciente
te debieras de mostrar
porque logras cautivar
á un caballero pudiente,
¿aun esquivas su pasion

poniendo á tu padre dique?

INÉS. Tan solo podré á mi Enrique
entregar mi corazon.

ANSELMO. No pronuncies ese nombre,
que siempre oyéndote estoy:
hoy mismo, ¿lo entiendes? hoy
debes despedir á ese hombre.

INÉS. ¿Y mi juramento, padre?

ANSELMO. Interesado en tu bien
debo proponer tambien
esposo que á tí te cuadre:
tú con el conde serás
muger dichosa y querida,
y una corona lucida
á tu frente ceñirás.
Y si aceptas obsequiosa
de Enrique el amor, Inés,
¿serás mas feliz despues
que siendo del conde esposa?

INÉS. Que lo seré, padre, sí,
el corazon me responde;
pero ¡ay! jamas con el conde
llegará la dicha á mí.
Porque no me tiene amor,
y si pretende mi mano
solo es por orgullo insano,
por gozarse en mi dolor.
En tanto que Enrique me ama
con pasion de candidez,
y es amor de la niñez
quien nuestros pechos inflama.
Mas ese conde ¡gran Dios!
ama con pasion brutal,
él solo goza en mi mal
y nos perdemos los dos.
Asi, padre, por piedad
no desprecies á mi Enrique,
y opongais eterno dique
á nuestra felicidad.

ANSELMO. No sé cómo te he escuchado
esa imprudencia prolija:
¿he de entregar yo mi hija

à un miserable, á un menguado
sin títulos y sin nombre?

INÉS. Tiene en su pecho pureza.

ANSELMO. Pero no tiene nobleza,
que es lo que engrandece al hombre.
No asi sucede al esposo
que te propongo y te adora,
pues te hará reina y señora
de un condado poderoso.

INÉS. ¿Y qué vale su blason
con su corona luciente?
la nobleza solamente
existe en el corazon.

ANSELMO. Inés, me obedecerás;
deja ese amor insensato;
hoy va á firmarse el contrato,
y á Enrique despedirás.
No se despegue tu boca
para que en contra me arguyas
ni mis consejos rehuyas,
que obedecerme te toca.

INÉS. En mí hallareis sumision
para obedeceros luego,
mas si mi mano le entrego,
no le doy el corazon.

ANSELMO. Con suave y dulce beleño
le adormecerá tu esposo
como noble y cariñoso...

INÉS. Pero nunca como dueño.

ANSELMO. El tiempo, Inés, borrará
tu constante desvario.

INÉS. Ni aun el rigor, padre mio,
del pecho lo arrancará.

ANSELMO. Algun dia, hija del alma,
tú me darás la razon:
hoy cumple tu obligacion,
y recobrarás la calma.

(*Se entra por la segunda puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

INÉS.

¡Mi calma! ¡Delirio vano!
¡Cobrar mi calma! ¡Ilusion!
Si voy con dolor insano
á entregar, triste, mi mano
á quien odia el corazon.
Mi padre un dia verá
mi dolor y mi amargura
y tarde lo sentirá,
porque aliviar no podrá
mi angustiosa desventura.
Mas... ¡cielos! ¿Enrique, aqui?
y en este fatal momento,
en su ciego frenesí,
¡triste! exigirá de mí
la fé de mi juramento.

ESCENA IV.

ENRIQUE. INÉS.

(*Enrique, entrando por el foro, dice aparte el primer verso.*)

ENRIQUE. (Ya la veo; sola está.)
Inés, mi bien, mi ternura,
mire yo esa faz tan pura
que mi pecho abrasa ya.
Mas... ¿qué veo? ¿El rostro ocultas
y lo separas de mí?
¿te es molesto mi amor, di,
y en olvido lo sepultas?
¿Qué pena, qué agitacion
en ese semblante brilla,
surcando por tu mejilla
el llanto del corazon?

INÉS. ¡Ay, Enrique! que mi estrella
siempre fatal me persigue.

ENRIQUE. ¿Y acaso no hay quien mitigue

los pesares de una bella?
¿Qué es esto? ¿qué sentimiento
acibara tu existir?

INÉS. No me lo hagas proferir.

ENRIQUE. ¿Qué es pues de tu juramento?
¿Secretos entre los dos?
¿Desde cuándo? Inés, responde,
que nada ya se me esconde.

INÉS. (¡No me abandoneis, gran Dios!)

ENRIQUE. ¿Acaso algun atrevido
sin tu sexo respetar
te haya llegado á insultar?
Dime pues ¿quién te ha ofendido?
¿Quién ha osado alzar los ojos
con altivez insolente
y fijarlos en tu frente
tal vez causándote enojos?
Tema quien fuera el furor
de un corazon irritado,
y que se siente alentado
por el fuego del amor.

INÉS. ¡Amor infeliz! funesto,
que á los dos nos va á perder.

ENRIQUE. ¿Tú qué pronuncias, muger?
no te comprendo: ¿qué es esto?

INÉS. Fuerza es ya que sacrifique
mi porvenir y tu amor,
y muera con el dolor
de no ser tuya, mi Enrique.

ENRIQUE. ¡Inés! ¿qué dices?

INÉS. Escucha,
escucha á una desgraciada
que de pena atormentada
con sus infortunios lucha.
Hay un hombre entre los dos
que de nuestro amor dispone
y á nuestra dicha se opone.

ENRIQUE. ¿Y quién?

INÉS. Mi padre.

ENRIQUE. ¡Gran Dios!

INÉS. Ese, Enrique, es á quien debo
mi existencia desgraciada,

y jamas, jamas en nada
á contrariarle me atrevo.
Porque es mi padre, y él es...

ENRIQUE. Quien sacrificarte intenta;
pero en verdad que no cuenta
con nuestro cariño, Inés.

INÉS. ¡Cómo! ¿Qué piensas?

ENRIQUE. Salvarte.

INÉS. ¿De qué modo, Enrique?

ENRIQUE. Huyendo.

INÉS. Por piedad, ¿qué estás diciendo?

ENRIQUE. Que yo solo puedo amarte.

INÉS. Pero... ¿huir? jamas, jamas.

ENRIQUE. ¿Te rehusas, insensata?
Pérfida, muger ingrata,
atormentándome estás.
Tal vez, muger veleidosa,
falaces son tus palabras
con que la desdicha labras
en un alma bondadosa.
Tal vez, tal vez un rival
te ha inspirado esa cautela,
mientras que tu padre anhela
nuestro enlace conyugal.

INÉS. ¡Nuestro enlace! Cuán dichoso
fuera para mí ese dia,
y no infeliz contaria
las horas con un esposo
cuya vista me atormenta,
y á quien me uniré mañana.

ENRIQUE. ¡Ay! que tu pasion insana,
segun te escucho, me afrenta.
¿Luego es cierto? di, ¿y quién es
ese rival, insensata?

INÉS. Es el conde de la Mata.

ENRIQUE. ¡Gran Dios! ¿Qué dices, Inés?
¿Ese magnate altanero?
Bien me anunció el corazon
que en el tuyo con traicion
otro habria prisionero.

INÉS. Duélate, Enrique, mi lloro,
que demuestra mi inocencia.

ENRIQUE. Bien me dicta mi conciencia
que me ha postergado el oro.
INÉS. ¿Yo postergarte? jamas.
Es mi padre quien lo ordena.
ENRIQUE. El interes, sí, resuena
en tu pecho nada mas.
¿Dónde está tu amor, en dónde,
si solo por la riqueza
me arrebata tu belleza
ese destestable conde?
INÉS. Compadece mi dolor,
no aumentes mi desconsuelo.
ENRIQUE. Cuando con tan torpe anhelo
me ha privado de su amor,
¿fascinarme aun intenta?
No, muger, ya no te creo,
que en tu rostro solo veo
las señales de la afrenta.
INÉS. Estás, Enrique, imprudente
con una infeliz muger,
y la haces mas padecer
cuanto está mas inocente.
ENRIQUE. ¿En dónde está tu inocencia,
cuando tu pecho se allana
á admitir la pompa vana
de un título, y su opulencia?
Me juraste con traicion
un amor eterno y puro,
y ahora tu labio perjuro
me desmiente esa pasion.
¡Ay! con palabras mentidas
odiabas el oropel,
y hoy te le ofrecen, ¡infiel!
y le aceptas y me olvidas.
Mas si pierdo la esperanza
de poseerte, aseguro
que no quedará, lo juro,
sin cumplirse mi venganza.
INÉS. ¡Ah! me insultas sin piedad.
ENRIQUE. Cual mereces solamente.
INÉS. Duélate mi pena ardiente.
ENRIQUE. Me irrita tu liviandad.

INÉS. Tened, señor, esa lengua,
respetad mi padecer,
que insultar á una muger
en un caballero es mengua.
Basta: y sabed ademas
que nuestro amor muere aqui:
mi padre lo quiere asi;
idos, no volvais jamas.
Enrique, dadme al olvido:
mas la que llamais perjura,
por última vez os jura
que jamas os ha mentido.
(*Se entra por la puerta primera de la derecha.*)

ESCENA V.

ENRIQUE.

Y me deja, fementida,
entregado á mi dolor,
despues de amargar mi vida
privándome de su amor.
¿Qué se hizo aquel juramento
que mil veces elevaste
hasta el regio firmamento
donde tus ojos fijaste?
¿Qué se hizo, muger impía,
tu espresion angelical?
¿Se ha corrompido en la orgía
de este sueño mundanal?
¿Y aun pretendes veleidosa
fascinarme con tu lloro,
cuando te arrastras gustosa
tras el interes del oro?
Presa de ardiente dolor
quizá yo infeliz sucumba;
mas no olvideis que ese amor
os abre, conde, la tumba.
(*Se retira por el fondo, y permanece la escena un instante sola.—El conde de la Mata entra por el fondo precedido de un criado de la casa.*)

CRIADO. Tomad asiento un instante

mientras de vuestra llegada
doy aviso á mi señora.

CONDE. Decid que el conde la aguarda,
y se da por muy honrado
con venir á visitarla.

(*Se entra el criado por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

EL CONDE.

Sencilla, inocente y pura,
llena de infantil pudor,
hará eterna mi ventura,
que si es mucho su candor,
es aun mayor su hermosura.
Segun late enagenado
mi orgulloso corazon,
por su poder subyugado;
ó me engaña la ilusion,
ó yo estoy enamorado.

ESCENA VII.

EL CONDE. UN PAGE *por el fondo con un billete.*

PAGE. Señor conde, una tapada
en vuestro palacio entró
y este billete me dió.

CONDE. (*Tomándole.*)
Veamos qué es la embajada.

PAGE. Y dijo con mucho empeño
que de alli no se movia,
y contestacion pedia.

CONDE. (*Abriendo el billete y aproximándose al proscenio.*)
¡Cielos! ¡su letra! ¡yo sueño!
(*El page se retira al fondo.*)

(*Lee.*) Conde: la muerte es preferible á la deshonra, y bien sabeis que esta empaña mi frente, y que vos sois el único que me la ha causado. En vuestra mano está libertarme de ella, cumpliendo la palabra que ale-

vosamente me disteis; de lo contrario, temed el justo resentimiento de la venganza. Mi hermano va á volver, y al ponerme ante su presencia me pedirá cuentas de mi honor; y entonces ¿qué quereis que yo le responda? Le diré que un hombre vil le empañó con juramentos mentidos; y si ardiendo en ira me exigiese su nombre, yo no podré menos de contestarle que vos habeis sido el infame, y mi deshonor publicará vuestra villanía, y atraerá sobre vuestra cabeza el odio universal. =*Carolina.*

CONDE. (*Con mofa.*)
¡Su hermano! ¿Y quién es su hermano,
que asi intimidarme intenta?
Pensará que me amedrenta
con su furor el villano.
Por Cristo, en buena ocasion
mi juramento reclama.
(*Se sienta á escribir, y cuando ha concluido dice:*)
Arturo, dila á esa dama
que ahi va la contestacion.
(*Le da una carta.*)
(*Apenas se va el page sale Inés, á quien precede el criado de la anterior escena, y se retira por el fondo.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE. INÉS.

INÉS. Señor conde...
CONDE. A vuestros pies
el mas rendido amador
viene á juraros amor.
INÉS. Me honrais demasiado.
CONDE. ¡Inés!
El cielo al fin bondadoso
me premia con mucha usura,
deparando la ventura
á mi corazon dichoso.
Mas ¿por qué triste, señora,
ante mi vista os mostrais?
El silencio que guardais
mi amante pecho devora.

Vos pensativa y llorosa
venís, Inés, á mi lado,
cuando el pecho enagenado
os adora como á esposa.
Deponed por Dios el llanto,
decidme que me amareis,
y que ingrata no sereis
con quien os adora tanto.

INÉS. Al daros, conde, mi mano
no exijais de mí otra cosa:
consiento en ser vuestra esposa
por mandato soberano.
De mi padre á la obediencia
no infeliz me obstinaré,
y sacrificar sabré
á su imperio mi existencia.

CONDE. Hermosa, al ver algun dia
la pasion con que os adoro,
ya enjugareis vuestro lloro
y cobrareis la alegría.
La opulencia, los placeres
que do quier os cercarán
siendo mi esposa, os harán
feliz entre las mugeres.

INÉS. De qué valen las riquezas
cuando el alma lastimada
no encuentra placer en nada,
ni en medio de sus grandezas.

CONDE. Pues el brillo seductor
de este mundo despreciemos,
y tan solo atesoremos
ricos encantos de amor.
Y felices de esta suerte
nuestros dias pasarán,
y entre el placer volarán
al encontrarlos la muerte.
Mas... vuestro padre: venid
y dad ese sí amoroso,
que al volverme mi reposo
me hará por siempre feliz.
Venid, angel inocente,
mi ventura á cimentar.

INÉS. (*Con resignacion.*)
Vamos. (Y yo iré á labrar
mi desdicha eternamente.)

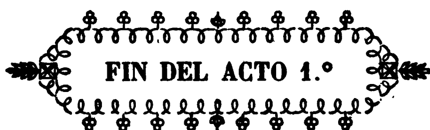
ESCENA IX.

UN CRIADO. ALFREDO.

(*Se oye desde fuera al criado y á Alfredo decir:*)

CRIADO. (*Desde afuera.*)
Su cuna respetad.
ALFREDO. (*Idem.*) La tengo en poco.
(*Entrando en la escena.*)
Su sangre derramar es mi esperanza:
vengo ardiendo en deseos de venganza:
vengo de afrenta y de deshonra loco.
¡Venganza! ¿Lo escuchais? venganza quiero:
quiero lavar la mancha de mi frente,
por eso de su alcázar impaciente
vine á buscarle aqui.
CRIADO. Calmad, guerrero.
Yo al punto le diré vuestro mensage.
(*Se entra por donde se fue el conde.*)
ALFREDO. ¡Cuán caro, patria mia, me has costado!
Por tí mi noble sangre he derramado,
y en premio á mi valor hallo un ultraje.
(*El criado vuelve á salir.*)
¿Qué contesta? responde.
CRIADO. Con despacio
y con calma escuchó lo que decia,
esclamando con fiera altanería
que tan solo da audiencia en su palacio.
ALFREDO. No me escuchas, ¡oh conde aborrecido!
y ufano me desprecias y orgulloso
porque en dorada cuna te has mecido,
y eres noble y te llamas poderoso:
¿y he de mirar mi honor envilecido
con un lunar de afrenta ignominioso?
Jamas lo haré: soy libre, aunque pechero,
y un honrado supera á un caballero.
Necio de tí, si piensas insolente

que he de llevar mi nombre con mancilla:
tú burlaste el candor de una inocente
que era el encanto y gloria de Castilla:
yo volveré á tu alcázar prontamente,
y si mi honor aun limpio no brilla
radiante lucirá como el sol puro
con tu sangre, traidor, por Dios lo juro.





Acto segundo.

De D. J. de la Rosa Gonzalez.



Salon en el palacio del conde de la Mata: dos puertas á la derecha del espectador que dan paso á lo interior del palacio: una lateral izquierda que conduce al jardin. Puerta al fondo.

ESCENA PRIMERA.

ARTURO. EDUARDO.

ARTURO. Magnífica fue la fiesta.
EDUARDO. Tan buena cual corresponde
á nuestro señor el conde.
ARTURO. Bien su cuna manifiesta.
Allí cada cual queria
con su lujo y porte airoso
lucir el brillo ostentoso
de su blason é hidalguía.
Estaba el templo alumbrado
con profusion y elegancia,
respirando la fragancia
de aquel cielo embalsamado.
El bordado terciopelo
sus paredes adornaba,
y el alma se trasportaba
fingiendo estar en un cielo.

Y cual los ángeles, puras
allá en el coro sonaban
voces que tambien se alzaban
hasta el Dios de las alturas.
Y mil hermosas tambien
con su rostro peregrino.
¿Es verdad que era divino?

EDUARDO. Es verdad, era un Edén.

ARTURO. ¿Y reparaste, Eduardo,
el altivo continente
con que llevaba la frente
nuestro conde?

EDUARDO. ¡Qué gallardo!
¡Con qué altivez caminaba!
¡con qué orgullo sonreía!
Si mucho amor él tenia,
mas soberbia demostraba.

ARTURO. ¿Y cuál es el pecho helado
que al mirar tan linda dama
en altivez no se inflama?

EDUARDO. Muy bien dicho; has acertado.
¿No viste tú cuán hermosa
estaba nuestra condesa?
¡Qué magestad de princesa!

ARTURO. (*Con entusiasmo.*)
Era del templo la Diosa.
(*Con intencion.*)
¿Y no reparaste, di,
que aquel angel del amor
llevaba impreso el dolor
en su frente?

EDUARDO. (*Con duda.*) Tal vez, sí...
mas creílo una ilusion
por mi nuevo error pintada.

ARTURO. ¿Y si acaso atormentada
por una infeliz pasion...?

EDUARDO. Imposible: no lo creo:
Arturo, tú te equivocas;
esas son ficciones locas.

ARTURO. Eres muy torpe, lo veo.
(*Mirando con sobresalto á su alrededor.*)
Cuando ante el ara postrados

estaban ya los esposos
para unirse venturosos
con juramentos sagrados,
habló el sacerdote asi:
«¿Vos la quereis por esposa?»
Y con voz fuerte, animosa,
dijo nuestro conde, sí.
Mas al decir á su vez:
«¿Vos le admitís por esposo?»
de Inés el semblante hermoso
cubrió mortal palidez.
Cae en los brazos del conde
sin sentido desmayada,
y á la pregunta sagrada
del ministro no responde.
Entonces con contricion,
á instancias de nuestro dueño,
el cura sin mucho empeño,
los echó la bendicion.

EDUARDO. ¡Cielos! ¿De veras?
ARTURO. Lo he visto.
Pero, chiton, no hablar nada.
EDUARDO. Tendré mi lengua callada.
ARTURO. Pues silencio, y ojo al Cristo.

ESCENA II.

DICHOS. TEODORA.

TEODORA. Buenas noches, pagecitos.
LOS PAGES. Tenedlas buenas, señora.
ARTURO. (*A Eduardo.*)
(Tú te retiras ahora.)
(*Eduardo retirándose por el fondo.*)
(Siempre estan con secretitos.)

ESCENA III.

TEODORA. ARTURO.

TEODORA. Qué gracioso sois, el page.
ARTURO. Y vos cuán encantadora.

TEODORA. ¿Sabeis que estais elegido
para una empresa?

ARTURO. ¡Señora!
tanto honor yo no merezco:
mas si juzgais mi persona
útil en algo...

TEODORA. Escuchadme:
pero ante todas las cosas,
juradme sigilo.

ARTURO. Juro.

TEODORA. Mucha cautela.

ARTURO. Si abona
bastante mi juramento,
lo vuelvo á jurar, Teodora.

TEODORA. Pues bien, escúchame, Arturo:
ya sabes que á todas horas
está la bella condesa
suspirando, y que no logran
distraerla del dolor
que su corazon devora.

ARTURO. Bien lo sé: yo mismo he visto
su oculta pena angustiosa,
y mi pecho se ha partido
de dolor...

TEODORA. Pues bien. Ahora
voy á decirte la causa
de esa pena cautelosa.

(*Recorre con la vista la escena, y cuando se asegura que nadie los oye ni ve, prosigue.*)

Antes de enlazarse al conde
tuvo amores mi señora
con un mancebo gallardo.

ARTURO. (Fueron mis dudas juiciosas.)

TEODORA. Pero apenas la vió el conde,
se enamoró: su corona
puso á sus plantas, y el padre
de dársela por esposa
trató al punto, deslumbrado:
mi desgraciada señora
en vano se echó á sus plantas
pidiendo misericordia.
Desoyó el padre sus ruegos.

ARTURO. ¡Cuánto puede una corona!
TEODORA. Su amante no cesa nunca
de rondar á todas horas
este palacio: le he visto,
y su angustia me devora:
me ha pedido que un instante
le deje entrar generosa,
pues quiere antes de ausentarse
decir á nuestra señora
á Dios por última vez.
ARTURO. (No es para chanzas la cosa.)
TEODORA. Y esta noche va á venir,
segun mi promesa.
ARTURO. Sopla.
Mirad bien lo que intentais.
TEODORA. ¡Qué! ¿Tienes miedo?
ARTURO. Señora,
no es miedo lo que yo tengo.
(Por los ojos me rebosa.)
TEODORA. Pues bien, no me llevé chasco
en elegir la persona
de un servidor como tú.
Toma esa llave, y ahora
vaja al jardin, que alli espera...
(Le da una llave.)
ARTURO. *(Tomándola.)*
Pero si el conde en su cólera...
TEODORA. No temas, siempre en su estancia
suele estar á tales horas.
ARTURO. Pero la condesa sabe...
TEODORA. Dios nos ampare, lo ignora.
ARTURO. ¡Por San Juan Nepomuceno!
¿Con que es decir que vos sola,
sin decirla oste ni moste,
armais la farsa diabólica?
TEODORA. Veo que eres un cobarde.
ARTURO. Eso no; mi accion me abona,
y pues ya di el juramento
sabré cumplirle, señora,
dando fin á mi mensage
con resolucion estóica:
mas quiera con bien del paso

sacarnos Santa Polonia.

(*Se va por la puerta que da al jardin, y Teodora cierra con mucha precaucion.*)

TEODORA. (*Desde la puerta á Arturo.*)
Mirad, la seña será:
«constancia, nunca deshonra.»
(*Cierra.*)
Asi tendrá el infelice
un alivio á su pasion:
mas... cometo una traicion,
mi conciencia me lo dice.

ESCENA IV.

INÉS. TEODORA.

INÉS. Teodora, ven á mi lado;
alivia mi pena.
(*Se apoya en Teodora.*)

TEODORA. En fin,
¿cómo va vuestra salud?
¿Estais mejor?

INÉS. (*Con dolor.*) ¡Ay de mí!

TEODORA. ¿Por qué estando asi tan débil
os atreveis á salir
de vuestra estancia?

INÉS. ¡Teodora!
Porque estaba el conde alli:
temo estar en su presencia,
temo... ¡muger infeliz!
que clave en mí su mirada
y adivine mi sufrir:
mucho lo temo, Teodora.

TEODORA. Pero, señora, advertid
que vuestra salud peligra,
y que no es justo que asi
os consumais en silencio.
¡Mal haya el interes vil!

INÉS. Si vieras algunas veces
cómo se despierta en mí
un poderoso deseo
de apartarme del vivir;

y esta opulenta grandeza
que me rodea ¡infeliz!
solo aumenta mi congoja,
solo agranda mi sufrir.

TEODORA. Pues llamad, señora, al conde
en ese caso, y decid
que en el ara vuestros labios
no pronunciaron el sí;
y que es enlace forzoso
el que con él contraís.

INÉS. ¡Oh! No me atrevo, Teodora.

TEODORA. Cuánto mejor fuera así,
que no á fuerza de pesares
poco á poco sucumbir,
y tal vez con don Enrique...

(*Al oir Inés este nombre se estremece.*)

INÉS. ¿Enrique has dicho? ¡infeliz!
No pronuncies ese nombre,
ten mas compasion de mí.

TEODORA. (Ahora conozco mi error
en quererle introducir
hasta su estancia.) Señora, (*Alto.*)
conozco que cometí
una indiscrecion en ello.

INÉS. Basta. Déjame sentir
mi mal á solas, Teodora.
Retírate.

TEODORA. Pero al fin
vais á aumentar mas las penas.

INÉS. No importa: lo quiero así.

(*Se retira Teodora por la puerta primera de la derecha.*)

ESCENA V.

INÉS.

¡Enrique! cuánta emocion
ese nombre ha producido
en mi yerto corazon:
pocas veces he sentido
tan poderosa impresion.
¡Enrique! ¿dónde se esconde,

que no calma mi dolor?
¿Por qué á mi afan no responde?
Enrique, Enrique, mi amor...
(Al volver la vista ve al conde y esclama:)
Silencio. ¡Cielos! ¡El conde!

ESCENA VI.

INÉS. EL CONDE.

CONDE. Siempre huyendo de mi lado.
¿Y por fin estais mejor?
INÉS. *(Sobrecogida.)*
Algo ha cesado el dolor.
CONDE. *(Observándola.)*
(Qué rostro tan demudado.)
Inés, hace ya unos dias
que pensativa te advierto,
y por Dios que yo no acierto
á comprender tus manías.
Dias hace que te veo
siempre triste y cavilosa,
sin que á esa pena enojosa
la dulcifique el recreo.
Oculto pesar ardiente
causa cruel tu tristeza,
pierdes con él tu belleza,
con él se nubla tu frente.
Y cuando olvidando agravios
vacila el alma indecisa,
y plácida una sonrisa
se desliza por tus labios,
ese recuerdo inclemente,
ese fantasma de horror
con redoblado furor
viene á estamparse en tu frente.
Y en vano rendido esposo
quiero buscarte un recreo;
amante infeliz, te veo
siempre con rostro enojoso.
¿Qué idea, pues, importuna
viene á turbarte, bien mio?

¿No tienes á tu albedrío
oro, riquezas, fortuna?
¿Por qué quieres de esa suerte
hacer mi infelicidad?

INÉS. No prosigais, por piedad,
conde, que me dais la muerte.
En estremo bondadoso
padeceis por mi inquietud;
yo lloro de gratitud,
dulce amigo generoso.

CONDE. ¡La gratitud! No es bastante
á quien ama como yo.
¡Inés! no la ofrezcas, no,
que es á un esposo infamante.
¡Cuando un fuego abrasador
por mis venas corre ardiente,
vos me ofreceis solamente
gratitud en vez de amor!
¿Para quien tanto os adora
mas recompensa no habeis?
¡Gratitud! ¿y eso ofreceis
á vuestro esposo, señora?
No, Inés, es delirio vano
ofrecerme compasion;
soy dueño del corazon
que me diste con tu mano.
Bastante tiempo enojoso
miré tu rostro hechicero;
ser por mas tiempo no quiero
tan condescendiente esposo.
¿Quién sabe...? tal vez el llanto
que á mis ojos ocultais,
por otro amor...

INÉS. Me insultais.
Compadeced mi quebranto.
No goceis en la amargura
de una muger desgraciada:
dejadme desventurada
con mi llanto y mi tristura:
vuestro caprichoso amor
exige de mi alegría;
¡ay! por mi frente sombría

surca tan solo el dolor.
Dejadme por todo un cielo,
os lo pido por piedad;
es el único consuelo
para mí la soledad.

CONDE. ¿Qué es lo que decís, señora?
¡Vos á mi honor ultrajais!
¡Vos otro amor albergais,
siendo á mi pasion traidora!
He leido en vuestros ojos
una pasion criminal.
¡Mi honor hollado! ¡un rival!
Muger, teme mis enojos.
(*Se va.*)

ESCENA VII.

INÉS.

¿Qué se hicieron los ensueños
de mi juvenil edad?
¡Ay! volaron halagüeños,
porque mintieron risueños
eterna felicidad.
De mi pasada alegría
¡infeliz! ¿qué me quedó?
Una incesante agonía,
una esperanza sombría
que mi frente marchitó.
Huyeron ¡ay! presurosos
y me robaron la calma
los momentos deliciosos;
ya solo agitan al alma
pensamientos borrascosos.
¿En dónde está aquel placer
que soñé desvanecida?
Se agitó en mi mente ayer;
hoy el alma condolida
solo alienta padecer.
Sin duda un ensueño fue
que mi mente fascinó;
pero si vendí tu fé,

no creas, Enrique, no,
que al oro te postergué.

ESCENA VIII.

INÉS. DON ANSELMO, *por el fondo.*

ANSELMO. Inés, hija del alma.
INÉS. ¡Padre mio!
ANSELMO. ¿Qué idea, di, desoladora y fiera
cruzando por tu frente de alabastro
te arrebata la calma placentera?
INES. Una idea voraz, inestinguible,
que abrasa el corazon con fuego insano,
y cuya fuerza á contrariar no basta
de mi suerte infeliz la cruda mano,
aqui en mi pecho con horrible pena
la siento renacer eternamente,
la veo sin cesar ante mis ojos,
y pasa sin cesar ante mi mente.
ANSELMO. ¡Hija infeliz! un padre que te adora
sabe tambien cubierto de amargura
por tu dicha rogar al santo cielo;
y en su vejez infausta y prematura,
solo anhela tu dicha y tu ventura,
solo pide tu calma y tu consuelo.
¿Por qué inocente tan fatal memoria
albergas en tu pecho noche y dia?
Basta ya, por piedad, dala al olvido,
y torna á sonreir con alegría.
INES. ¡Desgraciada muger! Yo bien quisiera
de mi mente borrar tan triste historia;
á un padre no ultrajara ni á un esposo
que en mi fatal amor cifra su gloria.
Mas en vano yo lucho eternamente
para arrancar del alma lastimada
esta pasion, que viva, inestinguible,
con fuego abrasador llevo enclavada.
ANSELMO. No asi atormentes tu preciosa vida,
hija del corazon; ven, y en mi seno
ahuyentarás esa pasion infausta:
ven á cobrar al lado de un esposo

la calma, la ventura y el reposo
que te arrebata pensamiento ageno.
Apóyate en tu padre, que te adora;
ven, cándida paloma destrozada,
á recobrar la dicha que perdiste;
¡niña infeliz! y cuán desventurada
á este mundo de infamia tú viniste.

(*Se entran por la primera puerta de la derecha. La escena permanece un instante sola, y luego se ve entrar por el fondo disputando á un page y un guerrero.*)

ESCENA IX.

ALFREDO. UN PAGE.

ALFREDO. (*Desde fuera.*)
Yo he de ver al conde.

PAGE. (*Idem.*) No.

ALFREDO. (*Adelantándose á la escena.*)
Pues bien, yo le buscaré,
y hasta su estancia entraré.

(*El page entra corriendo detras, é interponiéndose entre él y la habitacion del conde, dice:*)

PAGE. Pero eso si os dejo yo.

ALFREDO. ¿Quién impedirme podrá
¡vive Dios! que vea al conde?
Si él de mi furor se esconde
mi venganza le hallará.
¡Venir de un noble á la puerta
cubierto de deshonor,
ardiendo en justo furor,
y nunca encontrarla abierta!
¡Pedirle satisfaccion
como debe un caballero,
y despreciarme altanero
ultrajando la razon!
Para tal baldon y afrenta
no hay sufrimiento bastante:
de mi deshonra al instante
hoy quiero pedirle cuenta.
Ya no hay en mí basallage,
ni sumision ni bajeza:

solo en mi pecho hay fiereza
para vengar un ultraje.
Rotos estan ya los lazos
de hominosa servidumbre;
quiero bajo su techumbre
hacer su blason pedazos.

ESCENA X.

EL CONDE. ALFREDO. PAGE.

CONDE. ¿Qué ruido es ese, Eduardo?
PAGE. Señor, este soldadon
que se entra aqui de rondon.
¡Habráse visto el bastardo!
CONDE. (*Con ira.*)
¿Y por qué le has permitido?
PAGE. Hícele mil reflexiones,
pero él no escuchó á razones
y aqui mismo se ha metido.
Pusimonos frente á frente,
él á entrar, y yo á que no;
pero por fin cedí yo,
y ahi teneis al insolente.
CONDE. ¿Quién aqui os ha traido?
ALFREDO. La venganza.
CONDE. ¿La venganza?
ALFREDO. Esa es mi única esperanza,
á eso á palacio he venido.
CONDE. ¿Y os atrevereis aqui...
ALFREDO. ¿Qué si me atrevo? pues no,
al infierno fuera yo.
CONDE. Furioso venís.
ALFREDO. ¡Oh! Sí.
CONDE. Y bien, pues pides venganza,
y á mí te acoges...
ALFREDO. Señor,
es que sois vos el traidor.
CONDE. ¿A mí tan vil asechanza?
ALFREDO. ¿A vos, conde, á vos, á vos.
(*Le arroja una carta á la cara.*)
¿Yo estoy por vos deshonrado,

y os llamais noble? Menguado.

CONDE. (*Con despecho.*)
¿Y lo sufro? Vive Dios...

ALFREDO. ¿Es esa vuestra nobleza?
á una virgen inocente
deshonrarla infamemente
para saciar su torpeza.
Rasgar su seno infantil
con mentidora pasion,
¡abandonarla al baldon!
¡Y sois noble! Sois un vil.
Haced, conde seductor,
alarde de esas acciones,
decid que teneis blasones:
los teneis, mas... sin honor.

CONDE. (*Con rabia.*)
Basta, basta; á mis soldados
que le prendan al instante;
quitádmele de delante,
echadle de mis estados.
Ahogándome está el corage;
¡insultar mi estirpe asi!
¿Piensas tú, villano, di,
que sufro yo tal ultrage?
Si no temiera empañar
el lustre de mi blason,
con tu infame corazon...

ALFREDO. El vuestro os voy á arrancar.
Solos estamos los dos,
pronto quedaré vengado.

(*Desenvaina su acero y se dirige á él, pero al tiempo de ir á herirle se detiene repentinamente y dice:*)

Mas no, que estais desarmado
y soy mas noble que vos.

(*Entran varios soldados en la escena, y se apoderan de él.*)

CONDE. Llevadle pronto, soldados.

ALFREDO. ¿Y sin vengarme? ¡traidor!
¿Este es, conde, tu valor?
¡Tantos contra uno! Malvados.

(*Hace por desasirse, y los soldados, agolpándose todos, le sujetan mas.*)

Dejadme, infames, primero
que sacie en él mi venganza
y sepulte sin tardanza
en su corazon mi acero.
Dejadme, instrumentos viles,
afrenta del suelo hispano,
que ante los pies de un tirano
os arrodillais, serviles.
Permitid que en mi furor
sacie mi ardiente corage
vengando el odioso ultrage
que ha oscurecido mi honor.
Tan detestable bajeza
es digna, conde, tan solo
de vos, que con mengua y dolo
empañásteis su pureza.
Sí; con mengua y villanía
con ella os habeis portado,
y nuestras frentes sellado
con negra deshonra impía.
¡Tal premio guardabais vos
en pago de mis servicios!
¡Nobleza llena de vicios!
¡Nobleza infame, por Dios!

CONDE. Obedeced prontamente.
Llevadle de aqui.

(*Los soldados se esfuerzan mas en sujetarle.*)

ALFREDO. ¡Oh baldon!
Del mundo la execracion
va á caer sobre tu frente.
¡Oh! Pido al cielo que seas
por tus torpezas odiado,
conde infame, y deshonrado,
como yo lo estoy, te veas.

(*Se lo llevan por el fondo.*)

ESCENA XI.

EL CONDE.

Por Dios que estoy aturdido
al ver tanta alevosía;

con infame villanía
mi blason ha escarnecido:
en el rostro me ha escupido
con inaudita fiereza,
despreciando la nobleza
que de reyes he heredado:
no sé cómo no he mandado
que le corten la cabeza.
Ese es sin duda el hermano
con que ella me amenazaba;
y á mí, noble, denostaba
con menosprecio el villano:
mas ¡ay! su furor insano
nace de mi error primero;
no fuí yo tan caballero,
no fue tan noble mi accion,
pues por ella mi blason
ha ultrajado ese pechero.
¡Oh! tuviera mas en cuenta,
al hacerlo, mi desdoro:
de vergüenza casi lloro.
¡A mí, conde, tal afrenta?
¿No estaba mi cuna esenta
de tal ultrage? ¡Gran Dios!
Hundiérasnos á los dos
en un abismo, primero
que oir decir á un pechero
«yo soy mas noble que vos.»
(*Llamando.*)
Page, vete con despacio:
en sonando la oracion,
sin dar mi autorizacion
que no entre un alma en palacio.
(*Se entra por la puerta por donde salió.*)

ESCENA XII.

EL PAGE.

Con qué mirada tan fosca
su mandato me da el conde:
el miedo por mí responde
que no entrará ni una mosca.

Arturo ya se encargó
de la puerta del jardin;
como él guarde su confin,
el mio guardaré yo.
(*Se va por el fondo.*)

ESCENA XIII.

TEODORA.

Estoy temblando de miedo:
¿qué es lo que he hecho? ¡Santo Dios!
Si á saberlo llega el conde...
me tiene helada el terror.
(*Cierra con precaucion la puerta por donde ha entrado el conde.*)
Temo que me dé la muerte;
de mi situacion me espanto.
(*Abrese pausadamente la puerta por donde salió Arturo, y al notarlo Teodora retrocede asustada.*)

TEODORA. Amparadme, cielo santo.

ARTURO. (*Asomándose y reconociéndola.*)
¿Sois vos? Bendigo mi suerte.

TEODORA. (*Corriendo á él con afliccion y miedo.*)
Arturo, Arturo, ¿qué has hecho?
¡Ah! Yo no estoy para nada.

ARTURO. Está buena la embajada;
pues sois muger de provecho.

TEODORA. Dime, ¿no hay remedio ya?

ARTURO. Yo no le encuentro.

TEODORA. ¡Jesus!
Yo no sé lo que me da.
(*Cae desmayada en los brazos de Arturo.*)

ARTURO. Ay, ay, ay, el patatus.
Vamos, todos estos seres
tienen corazon de niño;
un simple barbilampiño
vale mas que cien mugeres.
¿Quién á mi me mandaria
meterme en tal compromiso?
(*Mirándola al rostro.*)
Nada, no vuelve; es preciso

llevarla á la enfermería.
(*La entra en la primera habitacion de la izquierda, y cuando él sale, cierra la puerta.*)
Y ahora que bien lo reparo,
muy serio este asunto creo;
saldré si malo lo veo;
hasta Tetuan no paro.
(*Se va por el fondo.*)

ESCENA XIV.

ENRIQUE.

(*Oyense algunos preludios de laud, y despues de algunos instantes sale Enrique por la puerta que da al jardin.*)

A impulso de un ciego ardor,
frenético y delirante,
vengo lleno de dolor,
siempre pensando en mi amor,
sin reposar un instante.
¿Por qué, muger, si te amé
con tan ciega idolatría
asesinaste mi fé?
¿por qué me vendiste, ¡impía!
si el corazon te entregué?
Si era tu pasion mentida
y tus caricias tambien,
¿por qué amargaste mi vida
llevándome, fementida,
á las puertas de un Edén?
¡Bajo un rostro tan hermoso
cuánta perfidia ocultabas!
¡Y con semblante amoroso
cómo mi fé profanabas
robándome mi reposo!
Cuando á mi lado amorosa
con dulzura sonreías
fingiéndote venturosa,
¡pérfida! ¡ya me vendias!
Era tu risa alevosa.

(*Cantan dentro la siguiente estrofa.*)
«Yo vi brillar una estrella
en un cielo de zafir,
y al soplo de la tormenta
al punto la vi morir.»
(*Declama.*)
No me engaña mi deseo:
en esa dulce cancion
estar escuchando creo
á mi angel de amor, y veo
cuál renace mi ilusion.
(*Cantan otra vez.*)
«Y esa estrella que en el cielo
tan brillante apareció,
era mi hermosa esperanza,
que la impiedad agostó.»

(*Enrique repite como por encanto los dos últimos versos de la cancion.*)

«Era mi hermosa esperanza,
que la impiedad agostó.»
Tambien yo tuve algun dia
esperanzas y placer,
pero fue mi suerte impía,
y pérfida una muger
emponzoñó el alma mia.
Necio yo tambien amé
con estraño frenesí
y á sus plantas me arrojé;
¡necio yo! tambien soñé
y me burlaron asi.
Me halagabas, fementida,
para venderme despues,
y con sonrisa fingida
envenenabas mi vida.
¡Cómo me ultrajaste, Inés!

ESCENA XV.

INÉS. ENRIQUE. *Despues* EL CONDE.

(*Inés al reconocer á Enrique lanza un grito de espanto: este permanece inmóvil contemplándola con la calma de la desesperacion.*)

INÉS. ¿Os cegó vuestra pasion
cuando vinisteis aqui,
profanando, Enrique, asi
mi tranquila habitacion?
Pasion maldita, obcecada,
que á los dos nos va á perder:
debéisme compadecer,
soy harto ya desgraciada.

ENRIQUE. Necia pasion que marchita
con fuego voraz mi frente:
bien decís, pasion maldita
que me consume inclemente.
Maldita pasion, señora,
que supisteis alentar,
poniendo despues, traidora,
entre los dos un altar.
Por eso he venido aqui
con desesperada calma,
porque resentida el alma
no sufre una injuria asi.

INÉS. (*Con terror.*)
Enrique, ¿qué vas á hacer?
¡Ah! me llenas de terror:
compadece mi dolor.

ENRIQUE. (*Rechazándola.*)
Aparta, odiosa muger.
Yo insensato te entregué
mi reposo y mi alegría:
yo como á un Dios te adoré,
y tú me vendiste impía.
Mira estampado en mi frente
el sello de una pasion
profanada torpemente.

Mira aqui tu galardon.
(Señalando al corazon.)
Aqui está la herida, aqui,
dolorosa y penetrante.
¡Ah! te cubres el semblante,
tienes vergüenza de mí.

INÉS. Por Dios compadece, Enrique,
mi penosa situacion.

ENRIQUE. Rompió mi paciencia el dique,
solo hay desesperacion.
No ambiciono ya tu amor,
vengo buscando venganza,
y esa infernal esperanza
calma mi fiero dolor.

(Se dirige con desesperacion á la segunda puerta de la derecha, y grita con voz espantosa.)

¿Mas qué aguardo, que mi mal
no siente la infiel? ¿En dónde
te ocultas, cobarde conde?
Ven, te llama tu rival.

INÉS. *(Corriendo á él azorada.)*
Imprudente, tu arrebato
nos va á perder á los dos.
¡Ah! calla, calla por Dios,
no me atormentes, ingrato.
¿No sabes que aqui grabada
está tú imagen querida,
que tu memoria es la vida
de esta muger desgraciada?

ENRIQUE. ¡Felicidad sin igual!

INÉS. ¿Y tú, Enrique, lo ignorabas,
y sin piedad me ultrajabas?

ENRIQUE. Que venga ya mi rival.
Sí, que venga, y mas hermosa
en mis brazos te verá.

INÉS. *(Con terror.)*
No, por Dios, me matará:
¿no sabes que soy su esposa?

ENRIQUE. ¿Y qué importan unos lazos
ligados por interes?
¿Qué importan, cuando en mis brazos
te pone el amor, Inés?

INÉS. *(Mirando á la habitacion del conde esclama con terror.)*

Enrique, Enrique, á perderte
va mi criminal amor.,

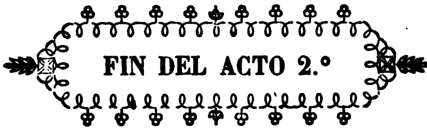
(A este tiempo se presenta el conde, y con despecho y furia esclama.)

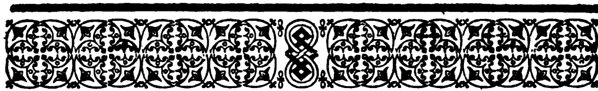
CONDE. ¿Quién ultraja asi mi amor?

(Enrique desnuda repentinamente su daga, y precipitándose sobre el conde, se la clava y dice.)

ENRIQUE. El mismo que te da muerte.

(Cae el conde al suelo, y baja el telon.)





Acto tercero.

De D. P. Calvo Asensio.



Casa rústica en un despoblado de las montañas de Aragon. Dos puertas en el fondo: la de la derecha permite ver un hermoso paisage. Otra puerta lateral á la derecha del espectador en último término.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, *saliendo por la puerta lateral de la derecha.*

Tanto penar á su edad:
en nada encuentra consuelo,
y apenas se ha mejorado
de ese triste abatimiento
quiere ponerse en camino:
protéjala el santo cielo.
Y yo ¡ triste! que á su lado
mitigaba mi tormento,
y en ayudarla parece
que encontraba mi remedio.
¡Ay Dios! si tendrá rasgado
como yo su triste pecho,
y la deshonra ó el crimen...
mas no, no puedo creerlo.
El deshonor y la afrenta
que en mi corazon encierro,

no se albergan, desdichada,
en un angel de los cielos.
Dichosa tú que podrás
con tu semblante hechicero
levantar tu frente pura,
sin que la cubra algun velo
de ignominioso baldon
para tu dolor eterno,
y ante los ojos del mundo
ser de pureza el espejo.
Mas yo, ¡infeliz! deshonrada,
guarecida en estos yermos,
lloraré mi desventura
sin calmar mi desconsuelo.

(*Desde estos versos aparece Alfredo á la puerta izquierda del fondo, y escucha todo lo que dice Carolina, colocándose detras de ella, sin que esta le vea hasta que lo demuestre el diálogo.*)

Y sin que nadie prodigue
á mi corazon ya yerto
ni una voz de compasion
que mitigue mi tormento.
Mas ¿qué digo? No, mi hermano
me ama con cariño ciego,
y ablandará mis pesares
como siempre con anhelo.

ESCENA II.

CAROLINA. ALFREDO.

ALFREDO. ¡Hermana!
CAROLINA. ¡Cielos!
ALFREDO. ¿Qué, lloras?
CAROLINA. Sí, lloro porque se aumenta
tu deshonor, y mi afrenta
creciendo á todas las horas.
Y en el negro desconsuelo
de tan acerbo penar,
ni aun me atrevo á levantar
mis tristes ojos al cielo;
que en su bóveda azulada

dice una voz desde allí,
«no debes mirar aquí
con tu frente deshonrada.»

ALFREDO. Calla, hermana, por piedad;
enjuga ese triste llanto,
que tal vez ese quebranto
lo calme la soledad.
Aquí entre el blando murmullo
de las auras deliciosas
y las caricias hermosas
de las aves con su arrullo,
y entre la rica fragancia
de las perfumadas flores,
mitigarás los rigores
de tu infortunada infancia.

CAROLINA. ¡Ay hermano! El deshonor
pesa tanto...

ALFREDO. Ya lo sé.
¡Oh rabia! y yo no arranqué
las entrañas del traidor.

CAROLINA. ¡Infame! ¡Accion tan villana!
dejándonos deshonrados
echarnos de sus estados...

ALFREDO. No lo recuerdes, hermana;
que de furia el pecho se arde,
y el corage me sofoca;
y fuera su sangre poca
para saciarme, ¡cobarde!
Pero ¡ay! que aun está en el mundo,
aun alimento esperanza
de consumar mi venganza
en su corazon inmundo.

CAROLINA. ¡Alfredo!

(*Alfredo aparenta cobrar serenidad á la voz de su hermana.*)

ALFREDO. No, hermana mia;
me he deslizado, lo veo,
tan solo lo que deseo
es que cobres tu alegría.
Y que tu agitada faz
esté serena y radiante,
cual lucero rutilante

precursor de iris de paz.
CAROLINA. ¡Ay hermano! tu cariño
auyenta al fin mi tristura,
y calma mi desventura
como el halago de un niño.
ALFREDO. Olvida el pesar, hermana;
desecha esa triste idea,
sal por el bosque y pasea,
que te brinda la mañana.
Y las encantadas flores
que lozanas crecerán,
sin duda, hermana, serán
un calmante á tus dolores.
CAROLINA. Sí, Alfredo, yo las bendigo,
que al ver su fresco arrebol
marchitado por el sol,
las compararé conmigo.
(*Se entran los dos por la puerta del bosque.*)

ESCENA III.

ENRIQUE, *saliendo por la puerta lateral derecha.*

¿De qué me sirvió vivir
en doradas ilusiones
y dulce emocion sentir,
si desgarran las pasiones
mi tenebroso existir?
¿De qué la dulce ambrosía
que su espresion deslizaba,
ni el fulgor que despedia
cuando afable sonreía
y en mí su vista fijaba?
De nada, todo voló
como el aroma fragante
que hermosa flor despidió,
y fugaz se disipó
entre las auras flotante.
Y de la dulce ilusion
con que la mente soñaba,
solo alcanzó el corazon
una doliente pasion

que mi pecho destrozaba.
Empero de aquel amor
puro, angélico, ideal,
que deshojáran en flor,
hizo el cielo en su furor
un cariño criminal.
Y este amor ensangrentado
nos martiriza á los dos
con rigor emponzoñado:
es un castigo que Dios
contra mi dicha ha enviado.
Y ahora que ya la poseo,
ahora que Inés es ya mia
y conseguí mi deseo,
entre el placer solo veo
una amenaza sombría.
Una tumba y sangre ardiente
por mi mano derramada:
un crimen que me atormente,
una mancha que en la frente
eché de una desgraciada.

(*Queda como sumergido en meditaciones, y apoyado en un escaño.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE. ALFREDO.

ALFREDO. (*Desde la puerta, y aparte.*)
(¡Qué pensativo se encuentra!
tambien la amarga afliccion
contrista su corazon:
veamos.) ¿Señor? (*Alto.*)

ENRIQUE. (*Con despego.*) ¿Quién entra?
(*Viendo á Alfredo se serena repentinamente.*)
¡Ah! perdonadme: ¿sois vos?
Mi pecho estaba alterado,
un pesar me habia afectado
y...

ALFREDO. Señor, penamos los dos.

ENRIQUE. ¡Cómo! ¿tambien padeceis
guarecido en un desierto?

ALFREDO. Que sufro mucho es muy cierto;

por qué, no me pregunteis.

ENRIQUE. Si yo puedo, hablad, hablad,
vuestro mal evitaré,
y un tributo rendiré
á vuestra hospitalidad.
Pues tal favor me habeis hecho,
que no sé cómo pagaros,
ni de qué modo esplicaros
la gratitud de mi pecho.
Os debo la vida, mas,
porque por vos se ha salvado
ese angel infortunado;
sin vuestro auxilio, jamas.

ALFREDO. Solo cumplí mi deber:
cuando á mi casa vinísteis
y en vuestros brazos tragísteis
á una espirante muger,
¿cuál era mi obligacion?
Con tierna solicitud
procurarla su salud
me dictaba el corazon.
Os ofrecí mi morada
con nuestra pobre asistencia,
y hoy mi mayor complacencia
es el verla mejorada.
Mi hermana, no lo dudeis,
celebra su mejoría,
y siente que llegue el dia
en que de aqui os ausenteis.

ENRIQUE. Me admira tanta bondad:
sois, buen hombre, tan honrado,
que no debeis ignorado
vivir en la soledad.
Que ese fondo de nobleza...

ALFREDO. ¿Nobleza decís...? no, no,
que si noble fuera yo...
¡Ah! maldigo esa grandeza;
y aun asi, mirad, quisiera
ser noble por solo un dia,
y por lograrlo daria
mi sangre y la vida entera.

ENRIQUE. ¿Cómo?

ALFREDO. ¿Os sorprende? Lo veo.
No habeis sido desgraciado,
lo conozco.
ENRIQUE. ¡Ah! demasiado,
y mas desgracias preveo,
pero horrorosas, fatales.
ALFREDO. No cual las mias serán:
sino mirad, aqui estan
las mas profundas señales.
(*Señala á la frente.*)
ENRIQUE. ¿Qué decís?
ALFREDO. ¿No comprendeis?
ENRIQUE. Nada comprendo en verdad.
ALFREDO. Pues un momento escuchad,
y mi desgracia sabreis.
Cuando el altivo agareno
en Castilla penetró
y nuestro suelo arrasó,
hirvió la sangre en mi seno.
La voz de patria llegaba
sin cesar á mis oidos,
y los lánguidos gemidos
de mis deudos escuchaba.
Decíanme: «en fiera guerra
nos aniquilan los moros,
y nos roban los tesoros
asolando nuestra tierra.»
Entonces dije, pues bien,
vayamos á combatir,
porque es muy noble morir
por nuestra patria tambien.
Mi hermana me suplicó
para que no me alejára,
y huérfana la dejára,
pero nada consiguió.
¡Ay! que si hubiera escuchado
su voz celestial y pura,
su candor y su hermosura
no se hubieran marchitado.
Mas no hice caso, sonaba
la voz de patria en mi pecho,
y con corage y despecho

ver al moro ambicionaba.
No hallaba gloria ninguna
que comparable me fuera
á hollar la infame bandera
de la odiosa media luna.
Al fin mi brazo impaciente
se asió del templado acero,
y alcancé, aunque era pechero,
el renombre de valiente.
Los gefes me celebraban
con un entusiasmo puro,
y su inespugnable muro
orgullosos me llamaban.
Bien pronto treguas se hicieron
de nuestra patria en desdoro,
y contra el infame moro
las lides se suspendieron.
Entonces ¡ay Dios! volé,
lleno el pecho de ternura,
á ver aquella alma pura
que huérfana abandoné.
Y mi mente fascinada
via un porvenir sereno,
y al estrecharla en mi seno
¡cielos! la hallé deshonrada.

ENRIQUE. ¡Infeliz!

ALFREDO. Es cierto. Un hombre
de esos que nobles se llaman,
y que altaneros se inflaman
con decir tienen un nombre,
con juramento malvado
á mi hermana deshonró,
y el bárbaro destruyó
mi dulce ensueño dorado.
Poco antes de mi llegada
reclamó mi hermana de él
fuese caballero y fiel
á su antigua fé jurada.
Pero contestó: «villana,
si por capricho te amé,
con dinero pagaré
el haber sido liviana.»

ENRIQUE. ¿Y vos lo sufrísteis?

ALFREDO. ¡Yo!
Sin descansar un momento
fuí corriendo á su aposento.

ENRIQUE. ¿Y al fin os vengásteis?

ALFREDO. No;
que le encontré desarmado
y el golpe no descargué:
un duelo de él reclamé
y me despreció el malvado.
Y con orgullo altanero
dijo á su gente: llevadle,
y de mi tierra arrojadle
á ese atrevido pechero.
Y burlada mi esperanza
miré entonces: ¡oh furor!
¡y aun alienta el seductor!
¡y aun vivo yo sin venganza!
(*Aparentando serenidad.*)
Ved pues si el dolor profundo
que mi hermana y yo sentimos
con justicia lo sufrimos
lejos de ese falso mundo.
¿Será asi vuestro dolor?

ENRIQUE. Tiene mucha semejanza;
mas yo sacié mi venganza,
y hoy mi tormento es mayor.

ALFREDO. ¡Mayor! ¿y os habeis vengado?
No tal cosa pronuncieis.

ENRIQUE. ¡Ay! que vos no comprendeis
cuánto soy infortunado.
Tambien un noble en mal hora
mis desgracias preparó.

ALFREDO. ¡Oh! maldecid como yo
de esa caterva traidora
que en ellos una vileza
hace honor á sus acciones;
¡qué bellos son los blasones
de la execrable nobleza!
Mas ¡ay! mi mente se irrita
tan solo con recordarle,
y soñando que he de hallarle

mi ardiente pecho se agita.
ENRIQUE. Dejad, dejad esa idea;
no ambicioneis el tormento
del fatal remordimiento
que ahora mi pecho rodea.
Abandonad á la España,
venid, y de aqui lejanos
viviremos como hermanos
en una nacion estraña.
Y nuestras acerbas penas
mútuamente aliviaremos,
ý cada cual pensaremos
en las desgracias agenas.
ALFREDO. Gustoso con vos me fuera
si entre mi acerbo dolor
que aqui he de hallar al traidor
una voz no me dijera.
Y este delirio fatal
de creerlo no estoy harto;
asi es que jamas aparto
de mi seno este puñal.
(*Enseña un puñal que lleva oculto.*)
Y en tan ciego frenesí,
en tan horroroso estado
es en quien solo he encontrado
un calmante para mí.
ENRIQUE. Asi aumentándose irá
esa pena qué os devora.
¿Mas quién llega?
ALFREDO. La señora.
Me retiro.
ENRIQUE. Bien está.

ESCENA V.

ENRIQUE. INÉS, *azorada*.

INÉS. Enrique, Enrique.
ENRIQUE. Mi Inés.
INÉS. ¡Qué horror, Enrique!
ENRIQUE. Tu mano
tiembla, ¿y acaso cercano

algun peligro tú ves?
Habla, mi amor, ¿qué te agita?
¿qué causa tu turbacion?

INÉS. Es una horrible vision
que dejó mi alma marchita.

ENRIQUE. No turve tu mente asi
ese recuerdo espantoso;
cobra, por Dios, tu reposo,
nadie te persigue aqui.

INÉS. No es sueño, la realidad
en este semblante mira.

ENRIQUE. (¡Infeliz! ¡cómo delira
con su torpe liviandad!)
Torna á la calma, Inés mia,
nada aqui debes temer,
que no haya para tí ayer
ni antigua estrella sombría.

INÉS. Pero ¡ay! que mi pecho lucha
con negro pesar ardiente,
y me persigue inclemente
esa sombra.

ENRIQUE. ¡Inés!

INÉS. Escucha.
Pestilento vapor me circundaba:
sulfúreas llamas en mi torno ardian:
bajo mis pies la tierra retemblaba:
negros fantasmas hácia mí venian.
El huracan, los truenos, el relámpago
en la celeste bóveda á porfia
con horrísono son roncos bramando,
parece que de furia haciendo alarde
amenizaban la infernal orgía.
Los elementos todos compelidos
á horrorizar á un corazon llagado,
cual si á este suelo balancear quisieran
redoblaban su horrísono bramido,
quebrándose la tierra á su sonido.
De repente callaron; y un silencio
que salir de las tumbas parecia
al crudo choque del furor siguióse,
presagiando á mi pecho sin ventura
luto, desolacion, sangre, amargura.

Entonces negra nube descendiendo,
ante mi vista cruza y me presenta
cubierto con un velo ensangrentado
un horrible fantasma mutilado.
Abarca con su mano hierro impío
que á su paso blandió con vista airada;
ruge el trueno otra vez, y á su estampido
el seco espectro con semblante torvo
me mira, se sonrié, me maldice,
y con voz sepulcral asi me dice:
«*Adúltera infeliz, perjura aleve,*
tus crímenes oculta en el infierno;»
y al eco repetido y tembloroso
otra vez resonó la voz precita
«*huye al infierno, adúltera maldita.*»
Entonces balbuciente, compungida
torno á otro lado tímida mirada:
te busco ansiosa y de dolor transida
desencajado el rostro, y condolida
el alma de penar, y lastimada,
un consuelo buscaba reclinando
mi enardecida frente allá en tu senó;
con avidez te busco, y tú espantado
huyes de la vision que te persigue,
y que hácia tí sangrienta se levanta
con su hierro amagando tu garganta.
Un ay entonces lastimero y triste
al fantasma lanzó mi pecho ardiente,
nubláronse mis abrasados ojos,
sentí quemarse mi marchita frente:
corro despavorida, horrorizada,
tu nombre, Enrique, con pavor repito,
y calmando mi afan aqui te encuentro
y en tus brazos, mi bien, me precipito.

ENRIQUE. Calla, Inés, que un sueño horrible
devora tu pecho ardiente,
á par que sella en tu frente
esa pena inestinguible.
Cálmate al fin, dueño mio:
el cielo fue quien guió
la mano que le mató:
cese ya tu desvarío.

INÉS. Era mi esposo.

ENRIQUE. No tal;
pues negaste el juramento
ante el regio firmamento,
todo fue nulo, inmoral.

INÉS. Dispuso al fin de mi mano;
mi padre se la entregó.

ENRIQUE. Tu padre fue quien causó
nuestra desgracia, inhumano.
Víctima infeliz sufriste
su mandato resignada.

INÉS. ¡Ay padre! ¡qué desgraciada
en mi juventud me hiciste!
Mas tú tambien sentirás
mis pesares, padre mio,
y con un dolor sombrío
por mis males llorarás.
Condolido tal vez hoy
de mi infortunada suerte,
te cerca infeliz la muerte.
¡Cielos! ¡qué culpable soy!

ENRIQUE. Desecha ya ese pavor
que te sumerge en tristura,
y lo tornen en ventura
caricias de nuestro amor.
Sonríeme cariñosa,
sonriéme, Inés amada,
y que á tu faz lastimada
vuelva el matiz de la rosa.

INÉS. No puedo tranquila estar:
yo te adoro con pasion;
pero aqui... en mi corazon...

ENRIQUE. Retírate á descansar.

ESCENA VI.

ENRIQUE.

Tranquila no estarás, yo te lo creo,
infelice muger, que en amargura
yo trocára tu dicha y tu ventura;
¡y tu crimen te aterra! Bien lo veo.

Y esa alma angelical que el santo cielo
para envidia formó de los mortales,
mi ardiente frenesí con torpe anhelo
de mancha criminal dejó señales.
Y no encuentras ni calma ni reposo;
do quier que fijas tu fatal mirada,
la sombra amenazante de tu esposo
miras con sangre en derredor manchada.
¡Y el cielo no respeta tu inocencia!
¡y acibára tu vida y tu hermosura!
¡y el castigo lo ves en tu conciencia!
¡Gran Dios! ¡cuánto penar! ¡cuánta amargura!
Bien veo tu justicia soberana,
y este amor infeliz yo le maldigo;
pues cubre de terror mi edad temprana
y el castigo fatal llevo conmigo.
Robé de un hombre su mejor tesoro,
y su vida corté con furia ardiente;
pero fue por Inés, á quien adoro,
por esa hermosa Inés tan inocente.
Y si odioso rival hoy alentára
segunda vez mi furia probaría:
cien vidas que tuviera le quitára
si aquel angel de Dios me seducia.
Mas ella inquieta está, voy á su lado;
calmaré con mi amor su triste sueño,
que si en ella el destino se ha gozado,
tal vez la espere porvenir risueño.

(*Va á entrar por la puerta por donde se fue Inés, á tiempo que Alfredo entra por el fondo.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE. ALFREDO.

ALFREDO. ¿Señor?
ENRIQUE. ¿Qué es eso? ¿qué ocurre?
ALFREDO. Tened un poco, escuchad.
Al internarme en el bosque
con deseos de encontrar
á mi hermana, que paseaba
gozando en su soledad,
sentí pasos presurosos;

me paro y oigo sonar
un quejido fiero, ardiente,
cual salido de Satán.
La sangre me hirvió en las venas,
y una convulsion mortal
al punto sentí en mi cuerpo,
y aqui en mi pecho ademas
un fuego que aniquilaba
mi existencia.

ENRIQUE. Continuad.

ALFREDO. Aplico mas el oido,
y logré al fin escuchar
entre coléricos ayes
estas voces nada mas.
«Pido á Dios, al mismo infierno,
me los permita encontrar.»
Tendí mi vista afanosa
por la inmensa soledad,
y no vi á nadie, tan solo
miré á Carolina ya,
que de esta casa á la puerta
pisando estaba el umbral.
Dirijo hácia aqui mis pasos,
llego en efecto, y detras
viene á poco un peregrino
pidiendo hospitalidad.
Le miré y sentí mi pecho
ardiente como un volcan.

ENRIQUE. ¿Pero al fin, nada os ha dicho?

ALFREDO. Si le dejo descansar
por un instante.

ENRIQUE. ¿Y en eso
qué es lo que vos recelais?

ALFREDO. Hallo una cosa terrible
que yo no puedo esplicar.
Su torva mirada aterra,
su semblante es infernal,
mil arrugas, pero... horribles
cubriendo su tez estan.
Vamos, parece un espectro
con forma humana no mas.

ENRIQUE. ¿Y qué temor os inspira?

ALFREDO. Temor no, pavor quizá.
Venid, venid le vereis.

(*A este tiempo se deja ver á la puerta izquierda del fondo un peregrino de largas melenas y barba blanca, que los observa con interes y sorpresa, escuchando lo que dicen, sin ser visto de ellos. Todo lo que el peregrino habla en esta escena es aparte.*)

ENRIQUE. Satisfaré vuestro afan.

PEREGRINO. (Al fin me ampara el infierno
y el pecho se alegra ya.)

ALFREDO. Y ha de aterraros tal vez
el ver su espantosa faz.

PEREGRINO. (Vete por la vez postrera
el bello campo á admirar,
que á tu regreso el sepulcro
aqui mismo encontrarás.)

ENRIQUE. Pero tan turbado os veo...

PEREGRINO. (Mucho mas lo vas tú á estar.)

ALFREDO. Tal vez con mucha razon.

ENRIQUE. Ea pues, guiad, guiad.

(*Se van por la puerta que da al campo sin ver al peregrino, que sale luego á la escena.*)

ESCENA VIII.

EL PEREGRINO.

Alienta, corazon, late brioso,
que vas á ver cumplida tu esperanza;
ya hallastes el momento delicioso,
el momento feliz de la venganza.
¡Ah! cuál se agita rencoroso el pecho
á par que el alma de placer sonrie:
mi ardiente corazon siento desecho:
que este aliento de fuego no se enfrie.
Mas no, que la venganza es deliciosa,
y una mancha de horror cubre mi frente,
y esta vida que arrastro es afrentosa
si yo permito que el traidor aliente.

(*Dirige la vista á la puerta del fondo, y luego á la lateral derecha.*)

Pero él se llega ya, y á la perjura

la miro sonreir; pronto tu suerte
te prepara ¡infeliz! la sepultura
y te arroja en los brazos de la muerte.
(*Procura aparentar repentinamente serenidad.*)

ESCENA IX.

ALFREDO. ENRIQUE. EL PEREGRINO.

ALFREDO. (*Desde fuera.*)
(Si estaba aqui en este instante;
no se ha podido marchar.
A no ser que se haya entrado...)
ENRIQUE. (*Idem.*)
En efecto, que alli está.
(*Al tiempo que ellos entran en la escena, el peregrino sale á su encuentro.*)
PEREGRINO. Señores, disimuladme
que usando de libertad
hasta aqui me haya internado.
ALFREDO. (*A Enrique.*)
(Parece el genio del mal.)
ENRIQUE. (*A Alfredo.*)
(Por cierto que es horrorosa
y aterradora su faz.)
PEREGRINO. (Turbados estan los dos.)
(*Alto.*)
Porque siempre á nuestra edad
somos curiosos los hombres.
ALFREDO. Lo que es vos, lo demostrais.
PEREGRINO. Un anciano peregrino,
sin hacienda y sin hogar,
que transita por el mundo,
tiene que ser lenguaraz;
porque nosotros hallamos
nuestro placer en hablar,
y asi es que somos curiosos
cual pages de casa real.
Contamos lo que hemos visto
sin llegar nada á olvidar,
y en todas nuestras cuestiones
damos razon y señal

de cómo y por qué suceden
las cosas, y...

ALFREDO. Basta ya.

PEREGRINO. Y si hasta aqui he penetrado
ha sido por observar
la construccion interior
de vuestra casa.

ALFREDO. Acabad.

PEREGRINO. Aunque os moleste, quisiera,
si no lo tomais á mal...

ALFREDO. ¿Pedir tal vez alimento?
venid, y conmigo entrad,
que en esta casa, aunque pobre,
si no hay selecto manjar,
hay frutas, hogazas, vino,
y una grande voluntad.

ENRIQUE. (Yo no sé lo que en mí siento:
su aspecto me hace temblar.)

PEREGRINO. Agradezco cortesmente
vuestra oferta liberal;
mas no es eso lo que os pido.

ALFREDO. Entonces decid, hablad.

PEREGRINO. Como es mi oficio correr
por la tierra y por el mar,
y llevo ya tantos años
de viaje universal,
con mi esperiencia he alcanzado
el arte de adivinar,
y asi leo en lo futuro
como lo que queda atrás.

ENRIQUE. ¿Luego sois un nigromante?

PEREGRINO. No podré yo decir tal,
pero sí que mis pronósticos
pintan solo la verdad;
con que si quereis saber
si os es propicio ó fatal
vuestro sino...

ENRIQUE. Sí queremos.
(Veré si logra acertar
con sus patrañas mi vida.)

ALFREDO. Ea pues, luego empezad.

PEREGRINO. Esta bien; mas necesito

para poder penetrar
los arcanos del destino,
que no haya aqui nadie mas
que el que lo quiera saber
con quien lo ha de adivinar.

ENRIQUE. (*A Alfredo.*)
Pues dejad quedemos solos.

PEREGRINO. (*A Alfredo.*)
Sí, un instante esperad,
que luego sabreis tambien
vuestro sino sin fallar.
(Corazon, alégrate,
que el momento llega ya.)

ENRIQUE. (Mi supersticion es tanta
que de él me voy á fiar.)

ALFREDO. (*Retirándose.*)
(Estaremos al cuidado,
que esta figura infernal
tanto me aterra, que creo
es el mismo Satanás.)
(*Se entra por la puerta izquierda del fondo.*)

ESCENA X.

EL PEREGRINO. ENRIQUE. *Despues* ALFREDO.

(*En toda esta escena hasta tanto que el peregrino se descubre será su espresion de muy marcado sarcasmo.*)

ENRIQUE. Solos estamos ya, buen peregrino;
si en secreto decís debéisme hablar,
podéislo hacer, anciano.

PEREGRINO. Sí, al momento.
La negra incertidumbre en que os hallais,
y que turbado os tiene en este instante,
desaparece aqui, no existe ya;
y el velo misterioso que os encubre,
sabedlo, altivo jóven, va á cesar.
¿Conoceis por ventura este semblante?
Mirad mi frente, y en ella reparad.
(*Enrique en toda esta escena estará como asombrado.*)

ENRIQUE. Es estraño en verdad ese lenguaje.

PEREGRINO. Y ese rostro, señor, turbado esta.
¿Qué agitacion es esa? ¿qué quebranto
altera vuestro pecho y vuestra faz?

ENRIQUE. Yo... nada... nada...

PEREGRINO. Pero... horror os causo.
¿Qué crimen ocultais, ó qué pesar?

ENRIQUE. (*Furioso.*)
Anciano, ¿qué decís? ved que un insulto
es afrenta terrible; asi, temblad.

PEREGRINO. ¿Una afrenta habeis dicho...? sí, una afrenta
solo con sangre se podrá lavar.
He venido por eso en busca tuya
recorriendo la aldea y la ciudad,
sin que los bosques ni la inculta tierra
un dique opongan á mi fiero afan;
pero el infierno me indicó el camino
por do insensato te pudiera hallar.

ENRIQUE. (*Con mayor turbacion.*)
Ó á mí me confundís con algun hombre,
ó en aqueste momento delirais.

PEREGRINO. ¿No penetra tu pecho envilecido
quién se encuentra debajo del disfraz?
¿Tanto muda la afrenta mis facciones
que me sienta tan bien la ancianidad?
¿No escuchas una voz, perverso Enrique,
que te llama asesino, criminal?

ENRIQUE. (*Horrorizado.*)
¿Y quién sois vos?

PEREGRINO. (*Despojándose instantáneamente de las barbas, lo mismo que del disfraz que le cubre, dice con voz espantosa.*)
El conde de la Mata.

(*Desde que el peregrino da la voz por la que manifiesta ser el conde de la Mata, aparece Alfredo á la puerta con un ademan feroz escuchando lo que pasa en la escena, sin ser visto de ellos.*)

ENRIQUE. ¡El conde!!

CONDE. Que halla su venganza ya.
El mismo conde, sí, que fue ultrajado
por una esposa impura y criminal,
por un amante ciego y orgulloso
que dejára su patria y su solar

cuando alevoso se bañó en mi sangre
creyendo que mi herida era mortal.
El mismo conde, cuya mancha horrible
su frente cubre, por venganza hallar,
vuestros pasos siguió, falaz Enrique,
para hundir en tu pecho su puñal;
y de esa esposa impura que me vende
verter la sangre con horrible afan.
Mas ya la rabia y el furor me ciegan,
y en mis venas la sangre hirviendo está:
implora al cielo el postrimer auxilio;
mas no, malvado, que tu acento audaz
al cielo insulta, si á su Dios implora.
Cúmplase mi venganza.

(*Desenvaina un puñal y va á herir á Enrique; pero Alfredo, que está detras del conde, se adelanta, y clava en él el suyo.*)

ALFREDO. En tí será.

(*El conde cae mortal á sus pies.*)

CONDE. Soy muerto. Maldi... cion. (*Espira.*)

ALFREDO. Y á manos mias,
á manos del pechero que ultrajaste
con tu orgullo y tus torpes villanías:
tu accion, soberbio conde, la pagaste.

ENRIQUE. Me anonada esa sangre, y me amedrenta.

ALFREDO. Los traidores tambien tienen su plazo;
y pues ya esta arma vil lavó mi afrenta,
me horroriza desde hoy y la rechazo.
(*Arroja el puñal.*)

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS. CAROLINA. INÉS. (*Esta sale por la puerta lateral derecha, y Carolina por la izquierda del fondo.*)

CAROLINA. ¿Qué ruido es este, di, querido hermano?

ALFREDO. (*La toma del brazo, y mostrándola al conde la dice.*)
Cesaron tu deshonra y tus desvelos.

CAROLINA. (*Con espanto.*)
¡El conde!

ALFREDO. Sí.

INÉS. (*Reconociéndole.*) ¡Mi esposo!
(*Se cubre el rostro horrorizada.*)

ENRIQUE. Tu tirano.

ALFREDO. Ved el justo castigo de los cielos.
Tranquilizaos ya ; justa es su muerte :
acabe vuestra pena y dolor fiero,
y mirad en el fallo de la suerte
cumplida la venganza de un pechero.

